

## Entrevista a Charles L. King<sup>1</sup>

—Fuiste el pionero en los estudios senderianos en los Estados Unidos. Hiciste la primera tesis doctoral sobre Sender. ¿Cómo llegaste a los estudios senderianos?

De estudiante pregraduado en la Universidad de Nuevo México, tuve la buena suerte de cursar dos materias dictadas por Ramón Sender. Él fue quien más influyó en mi decisión de proseguir estudios más avanzados de literatura española en los cinco años siguientes, pero en otra universidad, la Universidad de California del Sur. Allí escribí una tesis sobre las actitudes filosóficas y sociales de Sender para el grado de Maestro en Artes en el año 1950 y, tres años más tarde, completé mi tesis doctoral sobre la obra del famoso autor aragonés, *An Exposition of the Synthetic Philosophy of Ramón J. Sender*.

—¿Qué obras de Sender son, según tu criterio, las más logradas? ¿Por qué?

Las obras senderianas más logradas, en mi opinión, son *Imán*, *Mr. Witt en el cantón*, *El lugar de un hombre*, *El rey y la reina* y *Réquiem por un campesino español*. ¿Por qué? En cada una de estas obras Sender ha creado un mundo vivo y distinto. En un estilo directo, desnudo de adornos, expresa en ellas el autor su visión esencial de España y su pueblo de un modo especialmente eficaz.

Andando a pie a través del campus universitario un día con Sender en la primavera de 1948, me expresó su gran expectación en cuanto a la publicación inminente de *El rey y la reina* —en su traducción al inglés, ese año, y en español, al año siguiente, 1949.

<sup>1</sup> Realizada por Mary S. Vásquez y Marshall J. Schneider en Boulder, Colorado, el 14 de octubre de 1995 y el 14 de marzo de 1996.

—Tuviste un prolongado contacto con Sender, por correspondencia y en persona. ¿Cómo fue esta relación? ¿Surgieron algunas sorpresas a lo largo de ella?

Mi relación prolongada con Sender fue amistosa, pero más bien una relación de maestro y discípulo que de amigo a amigo. Me ayudó mucho en la preparación de mi tesis doctoral y dos libros sobre su obra, contestando mil preguntas (a veces bastante bobas, sin duda) por correspondencia y en persona. Siempre contestaba mis cartas sin demora y con gran gentileza.

Sí, una vez me sorprendió un poco. Había viajado de mi hogar, en Colorado, a Los Ángeles para entrevistarme durante unos días con él en su hogar, cerca de la Universidad de California del Sur. Después de las entrevistas pensaba seguir viaje a España para documentarme aún más para un libro sobre Sender que estaba haciendo.

Ocurrió que, por unas razones que no sé explicar, Sender no quería que fuera yo a España. Y, a la vez, las preguntas que le hacía yo le parecían no bien pensadas o molestas. Me fijé en su desagrado e inmediatamente suspendí mis preguntas.

Nos despedimos cordialmente. Y unos días después viajé a España, donde su hermano menor, Rafael Sender, ingeniero agrónomo, compartió conmigo generosamente unos recuerdos de su hermano mayor. A la vez recogí mucha información bibliográfica muy provechosa para mis humildes investigaciones senderianas.

—Hemos notado que la correspondencia senderiana mantenida con senderianos suele ser bastante directa, incluso escueta. Va al grano, pocas reflexiones y tampoco discusiones sobre obras, ni experiencias. ¿Hubo alguna excepción a esta tendencia? ¿Alguna sorpresa?

Que yo recuerde, no hubo excepción alguna a la tendencia a ir al grano. Fue su estilo. En su correspondencia conmigo, se entiende.

—En tus conversaciones con Sender, ¿cómo parecía ver, ya con la perspectiva que otorgan el tiempo y la distancia, sus experiencias de la inmediata preguerra y de la Guerra Civil?

Nunca conversé con él directamente acerca de sus experiencias en la Guerra Civil ni de sus experiencias personales de preguerra. Tal vez hablaba de ellas con amigos íntimos. Lo que quería expresar sobre sus experiencias personales, creo, lo comunicó, o se esforzó en comunicarlo, por medio de su escritura. Y sin duda, como dices tú, «con la perspectiva que otorgan el tiempo y la distancia», llegó él a comprender esas experiencias de un modo algo ambiguo. Pensando en la Guerra Civil, por ejemplo, escribió en una columna periodística unos días antes de morir que «el mal era nosotros», es decir, de ambos lados en aquel conflicto terrible.

—¿Veías cambiar tú su experiencia del exilio durante el transcurso de los años?

Yo vi a Sender sólo unas pocas veces —con intervalos de años— en el transcurso de décadas. Lo conocí mucho mejor por la lectura de sus obras que por mis relaciones personales con él. Me dijo que él estaba en sus libros y que los que quisieran conocerle deberían conocerle allí.

Pero, para responder a tu pregunta, tengo la impresión —subjetiva, por supuesto— de que con los años Sender se iba sintiendo más cómodo en la sociedad y la cultura norteamericanas. En sus escritos puedo discernir un aprecio creciente por la herencia sociohistórica y cultural de los Estados Unidos de América. Y con los años llegó a expresarse bastante bien en el inglés hablado.

—Sender comentó en una de las entrevistas realizadas por Peñuelas que guardaba afecto a México, que innegablemente abrió sus fronteras y el corazón al exiliado republicano. «Todos los españoles amamos a México», dijo Sender más de una vez. Sin embargo, los años de exilio mexicano fueron duros para muchos de los republicanos derrotados, no sólo por el horror de la guerra y el agotamiento, sino por conflictos

internos, roces, dificultades. ¿Qué te comentó Sender sobre esta etapa breve, pero productiva, de su vida de escritor y de hombre?

Jamás me relató Sender detalles sobre sus tres años en México —de 1939 hasta 1942—. Creo que guardaba un afecto sincero y algo especial hacia México. Fue por eso, creo, por lo que optó por pasar a México en vez de ir a cualquier otro país hispanoamericano al fin de la Guerra Civil. También debe recordarse que su primer libro fue sobre un tema mexicano: *El problema religioso en Méjico*. Y que su gran amigo Ramón del Valle-Inclán había visitado Méjico en dos ocasiones —y que una de sus mejores novelas, *Tirano Banderas*, se basa en las experiencias de su autor en ese país.

—A pesar de la amplia crítica existente sobre la obra senderiana, queda mucho pro hacer. ¿Hacia dónde podría dirigirse fructíferamente la crítica hoy?

Me parece que un estudio sobre el Sender periodista, empezando con su trabajo en *La Tierra* en Huesca y siguiendo con su columna sindicada «Los libros y los días», hasta llegar al momento de la muerte del autor, puede echar luz de modo interesante sobre las influencias mutuas entre el periodismo como tal y la literatura como tal (no quiero decir que no pueda existir un periodismo que llegue a la categoría de literatura).

—A través de la narrativa senderiana se trasluce un cariño duradero por su patria chica, Aragón, y sus gentes, un profundo arraigo en ellas. ¿Qué te comentó él al respecto?

Siempre que tocaba en la conversación el tema de España, creía percibir en Sender cierta añoranza de su país y sus compatriotas españoles. Pero siempre expresaba una admiración especial por su patria chica, Aragón, y especialmente por los campesinos aragoneses. Su crítica de España es en sí otra expresión de amor.

—Y, de profesor, ¿cómo era Sender? ¿Qué materias cursaste tú con él?

Es difícil, si no imposible, diría yo, distinguir entre el Sender hombre, autor literario, y el profesor. En la sala de clase el Sender

profesor estaba pensando en la materia para su creación literaria. No fue académico en el sentido ordinario de esta palabra; para mí, el asistir a sus «clases» fue más una experiencia que una oportunidad de acumular más conocimientos sobre la literatura española. Al ofrecer este comentario no quiero decir que no aprendí la materia de sus clases, sino que lo humano y lo vital de la literatura resultaron ser lo que más me sirvió de las clases dictadas por Sender.

De profesor, Sender era más una fuente de inspiración que de información a secas. Hablaba en la clase sin apuntes. La literatura fue «su vida», dondequiera que estuviera. Y la vida era literatura. Con él cursé dos materias: Don Quijote y Literatura Española Contemporánea. Fueron las dos primeras materias que don Ramón enseñó en su primer semestre como catedrático de Literatura Española en la Universidad de Nuevo México durante el año académico de 1947-48.